

Versaciones de un chupaplumas

Una mujer francamente antipática



Pero me prometí que lo arreglaría tan pronto llegase a casa; porque allí, en mitad de la calle — poco iluminada, además —, no era cosa de ponerse a sacar la carpeta de la cartera y ponerse a rebuscar en los papeles, tan revueltos, para tacharlo.



Ella pareció haberme leído el pensamiento; porque volvió a sonreír y, en tono perfectamente amable, me dijo que de acuerdo pero que, por favor, no se me

olvidase porque, *bueno*, dijo, *una tiene sus pequeñas vanidades, espero que usted lo comprenda, y aunque nada más sea un personaje secundario — y para colmo suplente, aunque eso no me duele porque ambiciosa no soy — me gustaría no pasar a la historia como usted, acuciado por su afán tan comprensible de contar con un abanico lo más amplio posible de probabilidades de las que poder echar mano, me ha supuesto.*

Y, claro, como uno también tiene sus pequeñas vanidades y tampoco yo quería pasar a la historia —de mi amigo, cuando consiguiese terminar de contarla — como antipático, se lo prometí.

Se lo prometí, pero me quedé desasosegado, con mal sabor de boca, por no haberle confesado que también yo era un personaje secundario, y que, sin más capacidad de decisión con respecto a ella que aquella de la que tuviese a bien dotarme mi propio creador, no tenía toda la seguridad del mundo de poder complacerla.